



Alabar, bendecir y predicar. La misión de la Familia Dominicana¹

Fr. Timothy Radcliffe, O.P.

[...] Los discípulos están encerrados en la estancia superior del edificio. Es tiempo de esperar, entre dos vidas. Las mujeres dicen que han encontrado al Señor resucitado, pero los hombres no lo han visto. Como de costumbre, ¡los hombres son más lentos! Sólo han visto una tumba vacía, pero ¿eso qué significa? Su vida anterior con Jesús, cuando andaban con él hacia Jerusalén, escuchaban las parábolas y participaban de su vida, ha terminado. Y no ha comenzado aún la nueva vida de la resurrección. Han oído que Jesús ha resucitado, pero no le han visto cara a cara. Así que esperan o vuelven a lo que antes hacían, "pescar peces". Es un momento de transición.

En menor escala la Familia Dominicana está viviendo un momento semejante. Desde el primer momento Domingo se rodeó de una familia de predicadores, hombres y mujeres, religiosos y laicos, contemplativos y predicadores, que con gusto se lanzó a los caminos. Podemos ver inscripciones en Santa Sabina que se remontan a los orígenes de la Orden que hablan de la Familia Dominicana. Ella ha sido siempre parte de lo que somos. Pero ahora proclamamos que algo nuevo está sucediendo. En todo el mundo hermanas y laicos están clamando por su identidad de predicadores. Al leer las actas de los capítulos generales de los frailes vemos que este es un momento nuevo en la historia. Proclamamos que todos los miembros de la Familia Dominicana somos iguales y participamos de una misión común. Son muchas y bellas las palabras y los documentos que lo dicen. Pero algunos de nosotros somos como los discípulos. No tenemos aún clara evidencia del cambio. La mayoría de las cosas parece seguir en gran parte como antes. Oímos hablar de nuevas magníficas colaboraciones. ¡Pero parece que eso sucede en algún lugar, distinto de donde nosotros estamos! Así que, como los discípulos, nos encerramos en la estancia superior, esperanzados, pero con incertidumbre.

Es parte de la experiencia que se vive en la Iglesia en todo el mundo. Tenemos magníficos documentos del Vaticano II que proclaman la dignidad de la vocación laical. [...] Tenemos declaraciones de Roma sobre el lugar de la mujer en la vida y misión de la Iglesia. Pero a veces tenemos el sentimiento de que no es mucho lo que realmente ha cambiado.

[...] Lo más doloroso para los discípulos es ver a un Jesús a quien ellos han herido. Le han negado, han desertado de él, han huido. Ellos le han herido. Jesús no les acusa, les muestra sus llagas. Hemos de afrontar el hecho de que nos herimos unos a otros. He visto cómo hermanos han herido sin quererlo a otros miembros de la Familia Dominicana, con palabras paternalistas, por no tratar como iguales a las mujeres o a los laicos. Pero esto no sólo lo hacen los frailes. ¡Es algo de todos! Jesús fue herido por los poderes de este mundo, y todos tenemos el poder de herir: el poder de pronunciar palabras que hieren, el poder de los sacerdotes sobre los laicos, de hombres sobre las mujeres y de las mujeres sobre los hombres, de religiosos sobre los laicos, de los superiores sobre los miembros de su comunidad, del rico sobre el pobre, del seguro de sí mismo sobre el medroso.

Podemos arriesgarnos a ver las heridas que hemos recibido e infligido y aun así estar alegres, porque Jesús ha resucitado de la muerte. Podemos cojear al andar, pero el Señor nos ha hecho felices. Esta era la alegría de Domingo. No hay predicación de la buena nueva sin ella. Este año un equipo de la televisión francesa pasó unos días en Santa Sabina rodando un programa. Al final el director me dijo: "Esto es muy raro. En esta comunidad se habla de cosas serias y los frailes están siempre riéndose". Somos alegres predicadores heridos.

[...] Ser predicador significa que cada uno de nosotros es alguien enviado desde Dios a aquellos con quienes nos encontramos. La esposa es enviada hacia el marido y el esposo hacia la esposa. Cada uno es Palabra de Dios al otro. A la monja no le es posible abandonar el monasterio, pero es tan enviada como un fraile. Es enviada a sus hermanas de comunidad, y todo el monasterio es una palabra de Dios enviada a nosotros. Nuestra misión a veces consiste en permanecer donde estamos y ser allí una palabra de vida.

En Norfolk prisión de Massachusetts, en Estados Unidos, está una de mis fraternidades laicales favoritas. Los miembros de esta fraternidad no pueden abandonar la prisión. Si lo pretendieran serían obligados por la fuerza a no moverse. Pero son predicadores dentro de la prisión. Son enviados a ser palabra de vida y esperanza a un lugar de desesperanza y sufrimiento. Son predicadores en un lugar donde la mayoría de nosotros no podríamos acceder.

[...] Él da a los discípulos autoridad para hablar. El predicador no es alguien que comunica simplemente información. Él o ella habla con autoridad. Si queremos proclamar nuestra identidad de predicadores, debemos reconocer que cada uno de nosotros tiene autoridad para predicar el evangelio.

En primer lugar, todos nosotros tenemos autoridad para predicar porque estamos bautizados. Esta es una enseñanza clara de la Iglesia en *Evangelii Nuntiandi*, *Redemptoris Missio* y *Christifideles Laici*. Hemos sido bautizados en la muerte y resurrección de Cristo, y por eso podemos proclamarlo. Además cada uno de nosotros tiene una autoridad única por quien es, por la vida que ha vivido, y los dones recibidos. Cada uno de nosotros tiene una palabra que proclamar que no se ha dado a ningún otro. Dios está en nuestras vidas, como casados o célibes, como padres o hijos. Desde estas experiencias humanas del amor, de sus triunfos o fracasos, tenemos una palabra que decir sobre Dios que es amor. También tenemos autoridad por nuestros dones y conocimientos. Somos políticos y cocineros, carpinteros y físicos; somos profesores y taxistas, abogados y economistas. Yo asistí en Goias (Brasil) a un encuentro de miembros de la Familia Dominicana que eran abogados. Ellos tenían su autoridad específica como abogados para enfrentarse con los problemas de justicia y paz en el continente.

[...] Para ser realmente una familia de predicadores, debemos reconocer la autoridad de unos para con otros. Yo debo admitir la autoridad de una hermana porque habla desde la verdad de su experiencia como mujer, o también como profesora o teóloga. Debo dar autoridad al laico dominico que sabe más que yo de muchas cosas: quizá del matrimonio, o de la pobreza, o de alguna ciencia o arte. Si reconocemos la autoridad de unos y de otros, seremos verdaderamente una familia de predicadores, con una voz fuerte. Juntos podemos hallar una autoridad que ninguno de nosotros tiene individualmente. Debemos encontrar juntos nuestra voz.

[...] Predicar en el púlpito ha sido siempre sólo una pequeña parte de nuestra predicación. De hecho se puede argüir que Domingo deseaba llevar la predicación del evangelio fuera de los límites de la iglesia a la calle. Quería llevar la predicación de Dios adonde está la gente, viviendo o estudiando, discutiendo o divirtiéndose. Para nosotros el reto es predicar en nuevos lugares, en Internet, a través del arte, de mil maneras. Sería paradójico que pensáramos que la predicación desde el púlpito era el único modo real de proclamar el evangelio. Sería una forma de fundamentalismo que iría en contra de la creatividad de Domingo, un paso atrás en la Iglesia.

[...] Todos nosotros somos “buenos administradores de la múltiple gracia de Dios” (1P 4,10) de formas diversas. Los mártires dominicos de Vietnam, China y Japón, en el siglo XVII, fueron hombres y mujeres, laicos y religiosos, con una diversidad extraordinaria de maneras de ser predicadores. Santo Domingo Uy fue un dominico laico vietnamita conocido como “El Maestro Predicador”, no hay duda que proclamó la palabra; Peter Ching fue un laico chino que participó en públicos debates en Fogan para defender la verdad del cristianismo, lo mismo que Domingo con los albigenses. En cambio, otros laicos dominicos mártires fueron catequistas, mesoneros, comerciantes, intelectuales.

[...] A primeros de año asistí a un encuentro de la Familia Dominicana en Bolonia. Había un grupo de laicos que trabajaban con las hermanas y hermanos en misiones de predicación en las parroquias. Había otro grupo de laicos y frailes, cuyo amor es la filosofía, y que veían su misión como una confrontación con el vacío intelectual existente en el corazón de la vida de las gentes. Predican enseñando. Y había otro grupo de hermanas que dirigen una Universidad para personas retiradas y sin empleo. Y había otro grupo de laicos que decían que querían apoyar la misión de los otros con la oración. No existía competencia alguna entre estos dominicos. Ningún grupo pretendía ser “verdaderos dominicos” o que los demás fueran “ciudadanos de segunda clase”. Por ejemplo, las fraternidades juegan un papel central en la vida de la Orden que ningún grupo nuevo puede amenazar. Pero estas fraternidades pueden fortalecer la Familia Dominicana ayudando a encontrar grupos juveniles, nuevas asociaciones, que, a su vez, renuevan a las fraternidades. Para ser una auténtica familia de predicadores, no puede haber competencia entre nosotros. Si así fuera, no encarnaríamos el evangelio. [...]

1.- Timothy Radcliffe, Maestro de la Orden. Extracto de la carta “*Alabar, bendecir y predicar. La misión de la Familia Dominicana*”. Encuentro Internacional de Familia Dominicana en Manila 2000.